



Homilía

Te Deum 2024

Textos bíblicos

Primera Lectura: *1 Pe 3, 8-17*

Salmo Responsorial: *Sal 33 (32) 1-3.12-15 .20-22*

Evangelio: *Mc 4,35-41*

*“Aclamen, justos, al Señor,
que la alabanza es propia de hombres rectos”
(Sal 33 (32) 1).*

“Aclamen, justos, al Señor, que la alabanza es propia de hombres rectos” (v 1), hemos entonado en el *Salmo 33*. Éste, su primer verso, es una invitación a aclamar al Señor. En un nuevo aniversario del nacimiento de nuestra Patria a la vida independiente, el Señor Jesús nos convoca en el templo Catedral Metropolitano de La Serena, la Casa de Dios su Padre, nuestra casa, **para manifestar a Él la alabanza: *Te Deum laudamus***, a Ti, oh Dios, te alabamos.

En el culmen de esta celebración, entonaremos el solemne himno del *Te Deum*. *“A Ti, oh Dios, te alabamos; a Ti, oh Señor, te confesamos”* rezan sus palabras centrales. Lo hacemos **para expresar a Dios también nuestra acción de gracias**, reconociendo con profunda gratitud su amor, bondad y misericordia con que nos ha favorecido a lo largo de nuestra historia. Así la expresamos

acogiendo la invitación del salmista: *“Den gracias al Señor con la cítara, toquen para Él el arpa de diez cuerdas. Cántenle un canto nuevo, toquen bellamente con júbilo”* (vv 2-3).

Junto a las autoridades de la Región y la comuna –como también de otras comunas que hoy nos acompañan- ante el altar del Señor de los tiempos y de la historia, unimos nuestras voces para reconocer su presencia y obrar en medio nuestro, sus innumerables bendiciones y su fiel acompañamiento con que nos favorece día tras día. De igual modo, con sincera humildad, solicitamos del Padre Dios su bendición para el presente y el porvenir de nuestro país, como tan bellamente expresa este anhelo el mismo salmista:

*“Nosotros aguardamos al Señor
que es nuestro auxilio y escudo;
lo festeja nuestro corazón
y en su santo Nombre confiamos.
Que tu amor nos acompañe, Señor,
como lo esperamos de ti”*
(vv 20-22).

***“Animados por la Palabra
somos peregrinos de la esperanza”***

El pasado domingo 1 de septiembre, iniciamos en las parroquias y comunidades de nuestra Arquidiócesis el ***Mes de la Palabra***, este año bajo un lema precioso, significativo y de múltiples perspectivas: ***“Animados por la Palabra, somos peregrinos de la esperanza”***.

Estas semanas de septiembre están dedicadas a conocer más profundamente la Palabra de Dios. Estos días son una instancia favorable de encuentro personal, familiar y comunitario con nuestro Señor presente en ella.

La Palabra orienta el presente y el porvenir de nuestro país, para afianzarnos en la esperanza, pues la misericordia de Dios siempre nos ha acompañado. En este sentido, cada chilena y chileno tiene, sin duda, una bella historia que contar, esa historia tejida en la vida personal, cuando se abre a la presencia de Dios. Por ello, es que hemos acogido en esta celebración con respeto y solemnidad la Palabra, agradeciendo al Señor por este regalo maravilloso, pleno de contenido, que genera gozo, confianza y esperanza, con la certeza de que solo Él tiene palabras de vida eterna (*cf. Jn. 6.68*).

En el evangelio proclamado, Jesús calma una tempestad en el *Mar de Galilea*. En la tradición bíblica el mar es una fuerza enorme, también de amenaza, que produce sentimientos de gran admiración y que refleja peligros. La tempestad es símbolo de crisis, que puede ser humana, espiritual, social u otra de cualquier naturaleza.

La vida es comparada frecuentemente con una travesía por el mar de la historia. La barca puede ser una figura de la vida personal o familiar, como también del país o las instituciones, instancias que suelen atravesar circunstancias, tiempos complejos, acontecimientos, que se presentan como verdaderas tempestades.

Al entrar en una crisis -sea esta personal, familiar, social, comunitaria- nos viene el deseo de *despertar* a Jesús, como hicieron los apóstoles, quien –según el relato bíblico de hoy- “*Dormía en la popa sobre un cojín*”. Los apóstoles lo despertaron y le dijeron: “*Maestro, ¿no te importa que muramos?*” (v 38).

El relato bíblico afirma que el Señor “*se levantó, increpó al viento y ordenó al lago: “¡Calla, enmudece! El viento cesó y sobrevino una gran calma”* (v 39).

El Señor -después de calmar la tempestad- dice a los apóstoles: “*¿Por qué son tan cobardes? ¿Aún no tienen fe?”*. Los apóstoles “*llenos de miedo se decían unos a otros: ¿Quién es éste, que hasta el viento y el lago le obedecen?”* (v 41).

*“¡Feliz la nación cuyo Dios es el Señor,
el pueblo que se eligió como heredad!”*

(v 12)

Sobre el trasfondo de este episodio bíblico -la tempestad calmada por el Señor-, marcado por el miedo y las crisis, los invito a retomar las expresiones tan bellas del salmista, especialmente, al llamar: “*¡Feliz la nación cuyo Dios es el Señor; el pueblo que Él se eligió como heredad!”* (v 12). Contamos con la bendición que el Señor nos sostendrá, pues Él nos ha escogido para la misión que nos confía. Ante las crisis -los enormes desafíos que tenemos- constatamos nuestra debilidad para afrontarlas, sin embargo, contamos con la corresponsabilidad de hombres y mujeres de buena voluntad, dispuestos a seguir entregándose con generosidad por el bien común y procurando lo mejor para Chile.

El camino óptimo para afrontar las urgencias será siempre el diálogo franco, abierto y sincero, en el que nadie quede al margen. La edificación de nuestra Patria, en el presente y el porvenir **¡es un reto que implica a todos!** Desafío al que debemos responder con humildad y valentía, con mente y corazón amplio, sin excluir a nadie para que así todos tengan cabida, en esta, la gran mesa de hermanas y hermanos, que es nuestro país.

La edificación de nuestra Patria, comporta el respeto de la vida en todo tiempo y circunstancia, desde su concepción hasta su término natural. Esta disposición, que debe ser permanente, es la mejor expresión de correspondencia al don de la propia vida, que hemos recibido. El que está por nacer, el enfermo y la persona mayor siempre son un don para Chile; los debemos cuidar y no descartar. Ante las dolorosas situaciones que la vida pueda presentar, como sociedad debemos responder con una *cultura de la vida y del cuidado*, no de la muerte.

La edificación de nuestra Patria, exige atención prioritaria -especialmente de quienes sirven investidos de autoridad- por las hermanas y hermanos en situación de pobreza, de quienes por diversas razones viven excluidos de los bienes materiales que son patrimonio común. Dios que lo ha creado todo y para todos, ha puesto la creación en las manos de la humanidad a fin de que sus frutos sean repartidos fraternalmente. La pobreza de quien carece de lo indispensable, es signo de una humanidad herida, de una fraternidad fracturada. ¡Trabajemos por una hermandad que pueda sanar el mundo, sanar el alma herida de Chile! Cristo nos enseña que todos somos hermanos (cfr. *Mt 23, 8*). Los hijos predilectos de Dios nuestro Padre, son nuestras hermanas y hermanos más pobres.

La edificación de nuestra Patria, nos desafía a acoger, acompañar y a compartir con los hermanos migrantes, miles de niños y niñas, hombres y mujeres adultos, que han llegado a nuestro país, con gran ilusión y anhelo de un porvenir mejor para ellos y sus familias. A este respecto, me complace tener presente expresiones del documento del Comité Permanente del Episcopado de nuestro país, recientemente publicado: *“Fui forastero y me recibieron” (Mt 25, 35). Una mirada cristiana a la migración*. En el los obispos, decimos: “Queremos darles gracias por el testimonio de fe que han compartido con nosotros. Su ejemplo de valentía y perseverancia, nos recuerda una y otra vez que también nosotros, toda la Iglesia, somos peregrinos que caminamos hacia otra patria, la definitiva. Y que, en esta ruta, dice la liturgia, “Dios acompaña a su Iglesia, peregrina en este mundo con la fuerza constante del Espíritu Santo,

por el camino de la vida temporal hacia el gozo eterno de tu reino. También les pedimos perdón por no haber sido capaces de cumplir sus legítimas expectativas. Muchas veces no los hemos sabido comprender, o no hemos sido capaces de superar barreras que nosotros mismos nos hemos contruidos y que se oponen a nuestro anhelo de sincera comunión. Queremos reparar todo aquello y trabajar con ustedes los vínculos de la caridad cristiana” (pp 49-50).

La edificación de nuestra Patria, demanda erradicar de nuestras ciudades, pueblos y comunidades, todo tipo de violencia, formas de discriminación y exclusión. Nos hace bien preguntarnos por nuestra cuota de responsabilidad en el clima violento que vivimos. Si nuestras palabras y acciones son bienaventuradas porque trabajamos por la paz o desdichadas porque siembran violencia. Jamás se debe validar la violencia, física o moral, como camino de cambio social. Recordémonos los unos a los otros que: ¡La violencia nunca será el camino para cualquier tipo de resolución o aspiración! Antes bien, procuremos potenciar la *cultura del encuentro*, apreciando y valorando el aporte de todos.

La edificación de nuestra Patria, nos demanda a todos reaccionar con firmeza y decisión, ante la corrupción que se extiende en nuestro país. En la Declaración del Comité Permanente de la Conferencia Episcopal de Chile, que se hizo pública el pasado jueves 12 de septiembre, titulada: *Ante el Mal Extendido de la Corrupción*, hemos manifestado: “Todos debemos reaccionar adecuadamente ante estos males, cuyos gérmenes tienden siempre a extenderse. Pero ello es particularmente exigible a los órganos públicos llamados a investigar y sancionar estas conductas, que deben adoptar decisiones drásticas y eficaces, que permitan recuperar la confianza pública perdida. Es necesario adoptar políticas que conduzcan a poner en el centro de nuestros comportamientos la honradez, el respeto a los bienes ajenos, no sólo los materiales necesarios para una vida digna, sino también otros intangibles pero reales, especialmente los espirituales; que necesitamos para el bienestar al que todos tenemos derecho”.

La edificación de nuestra Patria, nos impulsa de igual modo a proseguir potenciando una cultura del *cuidado de la tierra y el agua*. ¡Cómo ha reverdecido el paisaje de nuestra Región, después de la bendición del agua y la nieve que han caído este invierno! Ese verdor que nuevamente Dios ha regalado a nuestros campos, es tarea nuestra cuidarlo con una ecología integral, donde la persona humana sea el centro, no para servirse indiscriminada o abusivamente de la creación, sino que, con la hermana creación, hacer de esta, nuestra tierra, una casa común.

La edificación de nuestra Patria, desafía a todos, pero en forma muy especial a quienes en estas semanas presentan sus nombres para diversos servicios públicos. La política es el arte de servir al pueblo para construir sociedad. El pueblo anhela ver en ellos, en sus actitudes y desempeño del cargo, los mejores ideales, que cada cual anida en su propio corazón. ¡Qué importante y trascendental es la respuesta generosa que los servidores públicos están llamados a ofrecer a quienes tanto confían en ellos!

La edificación de nuestra Patria, nos debe motivar a una atención preferente por la juventud. Los jóvenes son el presente y el porvenir de la sociedad y la Iglesia. Numerosos de ellos afrontan enormes desafíos. En circunstancias se ven superados por tales retos ¿Cómo ofrecerles y construir con ellos un presente y un porvenir de esperanza? “*Joven, a ti te digo, levántate*” (Lc 7, 14). Hago mía estas palabras de Jesús para decirle a la juventud, “Joven, a ti te digo, levántate”, ayúdanos a forjar nuestra sociedad. La Serena, nuestra Región, Chile, necesita a los jóvenes.

Con agrado les participo que la Arquidiócesis de La Serena, en sus parroquias y comunidades, se prepara con gran ilusión para acoger la *Primera Jornada Nacional de la Juventud*, que tendrá lugar en nuestra ciudad, los días 21 al 26 de enero de 2025, bajo el lema: “*Jóvenes Peregrinos de la Esperanza*”. Profundamente agradecido por la acogida de esta maravillosa iniciativa por parte de las autoridades de la comuna y la Región, los invito cordialmente a los

actos que se han programado y a ofrecer a los jóvenes que se convocarán una acogida familiar, fraterna, festiva, que se perciba en nuestra ciudad y anime en la esperanza a los jóvenes, pues grandes son sus anhelos, como ellos los han expresado en la oración preparatoria a este encuentro, creada por ellos y que están elevando ante el altar del Señor:

*“Que, como peregrinos de la esperanza,
y animados por el Espíritu,
ayuden a renovar tu Iglesia,
y construyan un país más justo y solidario,
cuidando la casa común,
abrazando a los pobres y marginados,
siendo testigos de tu amor”.*

***Que tu amor nos acompañe, Señor,
como lo esperamos de ti”***

(v 22).

En la lectura bíblica que hemos acogido de la Carta de Pedro, el apóstol nos exhorta: *“No teman ni se inquieten, sino honren a Cristo como Señor de sus corazones”* (vv 14-15). Animados por esta confianza prosigamos sirviendo en corresponsabilidad a Chile, a las hermanas y hermanos de camino, comprometidos con sus dolores y desafíos, aportando con lo mejor de cada uno, en vista del bien común.

Suplicamos al Señor, con las palabras del salmista: *“Que tu amor nos acompañe, Señor, como lo esperamos de ti”* (v 22). La Virgen santa, Nuestra Señora del Carmen, Madre y Reina de Chile, prosiga acompañando nuestro caminar e interceda especialmente por quienes hoy están sufriendo. Amen.